



## Y entonces me hice periodista

*Dejad que el recuerdo entierre a los muertos, pero no al olvido. Florestán*

**A**quella tarde había llegado a la redacción de *El Heraldo de México*, en la colonia Doctores, como lo hacía todas las tardes desde la primavera de aquel 1968, que marcaría mi vida para siempre.

Aún estaba en la escuela de Derecho de la Universidad Anáhuac, pero ya sabía que en el periódico estaba en lo mío.

Madrugadas antes había conocido la muerte, cuando soldados del Ejército tomaron las instalaciones del Instituto Politécnico Nacional, allá en el Casco de Santo Tomás. En la oscuridad, y desde las cercanías del hospital Rubén Leñero, escuchaba las descargas de los fusiles entre los fantasmas de la escuela de Enfermería Rural.

Con el amanecer, tropecé con los primeros cadáveres, en medio del olor a sangre, que se parece mucho al de la muerte.

Amanecía cuando, por la parte trasera, se dio otro tiroteo que nos atrapó a un grupo de periodistas en medio. Lo que más miedo daba era el estruendo y la frecuencia, arrafagada, de los disparos y los gritos de los soldados, y entre ellos los agentes de la Dirección Federal de Seguridad, inconfundibles, ametralladora en mano.

Ya había sido testigo, en aquel intenso bautizo de periodismo, del sangriento desalojo del Zócalo, tomado la tarde anterior por los estudiantes y donde se izó una bandera rojinegra, símbolo del movimiento. A la mañana siguiente, todos amanecemos allí, se efectuó una ceremonia

oficial de desagravio a la bandera, el gobierno de Díaz Ordaz había calificado aquello como un agravio, se izó la enseña nacional y se escuchó una advertencia por las bocinas de la plaza: "La ceremonia de desagravio al lábaro patrio ha finalizado, tienen tres minutos para desalojar la plancha".

Vencido e ignorado el ultimátum, de las calles adyacentes a Palacio Nacional salieron los carros blindados, tanques con ruedas de goma, y con los primeros disparos empujaron a la multitud hacia la calle de Madero, desde donde venía otro destacamento policiaco-militar y donde estalló un tiroteo eterno.

Esos eran mis antecedentes, más la guardia cotidiana de aquel 68.

Aquella tarde del 2 de octubre, Miguel Reyes Razo llamó desde Tlatelolco al jefe de información, Mario Santoscoy, quien miró y me dijo: "López-Dóriga, váyase a Tlatelolco y encuentre a Reyes Razo".

Y así lo hice.

Aquello era el caos. Cientos de jóvenes descalzos, aterrados y ateridos, hacinados entre los restos prehispánicos, los cadáveres apilados a un lado del atrio de la iglesia y los soldados con el control.

Nadie sabía qué había ocurrido, pero de nuevo la sangre, el miedo y la muerte, anunciaban que se había cometido un gran crimen, y al contar los muertos, una masacre.

Me llevó años entenderlo.

Y hoy, a 40 años de distancia, aún no he podido comprenderlo.

Pero sí que entonces me hice periodista.

Nos vemos mañana, pero en privado. ■

[lopezdoriga@milenio.com](mailto:lopezdoriga@milenio.com)

